

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Molière y los médicos

Dr. Cristian García Bruce
Profesor Adjunto
Depto de Radiología
Pontificia Universidad Católica de Chile

Reseña biográfica

Jean-Baptiste Poquelin (Molière) nació en París el 15 de enero de 1622, hijo de Marie Cressé y Jean Poquelin II, y fue el mayor de cinco hermanos. Su padre era comerciante del mobiliario parisiense y uno de los ocho tapiceros del Rey (Valet de Chambre), por lo tanto era un niño favorecido para la época. Si bien siempre tuvo acceso a la corte del Rey, le gustó reírse de la aristocracia, más que mezclarse con ella. Desde niño, se burlaba del sacerdote confesor de su madre, lo que a ella le irritaba profundamente.

Como correspondía a su clase social, fue educado en los colegios más finos y exclusivos, inicialmente en el Colegio Jesuita de Clermont, en París, donde fue un excelente alumno. Durante ese lapso aprendió latín y griego, frecuentó los clásicos, participó en representaciones teatrales y escribió algunos versos. En 1634 y teniendo 12 años, muere su madre, lo que sería un hecho importante en su vida. Su padre se casó nuevamente con Catalina Fleurette, con quien tuvo otros dos hijos, pero, en menos de tres años, su nueva esposa murió también. De esta manera, a los 15 años, Jean-Baptiste se quedó solo con su padre y sus hermanos y, como correspondía al hijo mayor, empezó a trabajar como aprendiz de su padre. Sin embargo, nunca mostró mucho interés en el oficio de tapizar.

Durante su adolescencia pudo frecuentar algunos lugares importantes para el teatro de la época. Acompañado por su abuelo materno, acudió con frecuencia al Pont-Neuf, donde cómicos ambulantes presentaban obras y parodias en la calle para vender medicinas a la gente. Por otro lado, con su abuelo paterno, feriante de Saint Germain, pudo vincularse con la gente común de ese pintoresco barrio de París. También pudo asistir al HTMtel de Bourgogne, donde los actores del Rey presentaban tragedias románticas más tradicionales. Estos sitios del ambiente teatral parisiense tuvieron un gran impacto en Molière.

En 1642 se graduó de abogado en la Universidad de Orleans, profesión que nunca ejerció, pero cuyos conocimientos le sirvieron para adornar la trama de algunas de sus obras. Ese mismo año entabló amistad con los Béjart, familia de actores profesionales y se enamoró de la bella actriz pelirroja Madeleine Béjart. En 1643 y teniendo 21 años rompe con su pasado burgués y decide dedicar su vida al teatro. En ese momento adopta el seudónimo de Molière, para no mancillar su apellido y, al parecer, en memoria de Francisco Molière, escritor popular asesinado en 1625. Junto con Madeleine Béjart, sus hermanos Joseph y Genevieve, y alrededor de una decena de jóvenes, funda una compañía teatral dramática que llamó El Teatro Ilustre. Desde entonces, alterna éxitos y fracasos, cae varias veces preso por deudas y sale adelante ayudado por su padre.

En 1645, la compañía abandona París e inicia un trabajo itinerante por las provincias. Recorre toda Francia por 12 años y alcanza gran éxito, con Molière como escritor, director, empresario y actor.

En 1653 estrenó su primera obra, El atolondrado, que tuvo bastante éxito.

En 1658, a los 36 años de edad, luego de un prolongado exilio fuera del ambiente de París, contando ya con una posición económica desahogada y con un ganado prestigio teatral, Molière y su Compañía decidieron probar suerte una vez más en París. Cuando se enteraron de que el hermano del Rey, el Duque de Anjou, estaba interesado en apoyar una compañía dramática que llevaría su nombre, intentaron introducirse a la corte. Pudo presentarse con su Compañía en el Palacio Louvre y frente a la familia real. Con la autorización del Rey Luis XIV, estrenó su obra El doctor enamorado, la que tuvo muy buena acogida. Más tarde, el hermano del Rey se transformó en el patrocinador de Molière y su Compañía pasó a ser la Compañía de Monsieur. De esta manera, Molière y sus colegas fueron nombrados oficialmente proveedores de entretenimiento para el Rey y se les permitió usar el Hôtel Petit Bourbon, uno de los tres teatros más importantes de París.

La primera de las obras de Molière presentadas en el Petit Bourbon fue Las preciosas ridículas, donde satirizaba a Madame de Rambouillet, dama de la Corte del Rey que creía ser la máxima autoridad en gusto y cultura de París. El Rey estuvo encantado, pero Molière se hizo enemigos poderosos dentro de la Corte. En el curso de los siguientes trece años trabajó intensamente para hacer de su grupo la mejor compañía dramática de París, y después se les otorgó el título de La Compañía del Rey. Molière dirigió sus propias obras y a menudo interpretó el rol principal. Con la protección de la Corte, se consagró por completo a la comedia como escritor, actor, productor y director.

En 1662, a los 40 años, exitoso y próspero, se casó con Armande Béjart, de 19 años, su dama de compañía principal e hija de Madeleine Béjart. Sus detractores lo acusaron de incesto, lo que era totalmente falso, como se demostró posteriormente. En 1663 Luis XIV apadrinó a su primer hijo y acordó subsidiar a su Compañía. Este mecenazgo estimuló su fecunda creación artística no interrumpida, a pesar de la muerte prematura de su primer hijo.

Probablemente debido a la gran diferencia de edad y a los propios celos, su matrimonio no fue un éxito y tuvieron graves desavenencias. Armande era considerada extremadamente bella, y Molière se consideraba a sí mismo mal parecido. A pesar de sus infidelidades, Molière le perdonaba todo y la amó hasta su muerte.

Durante este período, sufrió constantes ataques de sus competidores y detractores, muchos de ellos afectados por sus sátiras. Sin embargo, mientras dispuso del favor real, Molière continuó con su tarea, superando con entereza los infortunios personales y la constante crítica de sus competidores.

Las compañías de cierto viso en la época de Molière eran llamadas a actuar en las residencias de las personas distinguidas en representaciones privadas, que se denominaban en visite y les producían muy buenos ingresos. Molière actuó muchas veces en esas representaciones privadas.

Alrededor de 1660, Molière desarrolló una enfermedad pulmonar crónica, de la que nunca se recuperó, con múltiples episodios de agudización, no obstante lo cual continuó escribiendo, actuando, dirigiendo y manejando su Compañía tan enérgicamente como antes, a pesar del progresivo deterioro de su salud y de los consejos de familiares y amigos. El 17 de febrero de 1673, a los 51 años, sufre una hemorragia pulmonar mientras interpretaba en el Palais Royal el papel de Argan, el hipocondríaco, en *El enfermo imaginario*, estrenada unos días antes, y fallece esa misma noche en su casa. A pesar de su solicitud, no pudo recibir asistencia religiosa, dada su condición de comediante, ya que el ritual de París, promulgado en 1654, prohibía dar asistencia religiosa y cristiana sepultura a las rameras, concubinas, cómicos, usureros y brujos. La Iglesia se negó a conceder un entierro formal, por lo que para proceder a su sepelio fue necesario apelar a la mediación directa del Rey ante el Arzobispo de París. Fue enterrado cuatro días después, en el Cementerio de San José, durante la noche y sin ninguna pompa. No dejó cartas, ni diarios, ni memorias que sirvan de guía a los biógrafos. Siete años después, el Rey unió la Compañía de Molière con una de sus competidores, la Compañía del Hôtel de Bourgogne, dando nacimiento a lo que más tarde sería la Comédie Française. Desde ese tiempo el Teatro Nacional francés (Comédie Française) ha sido conocido como la Casa de Molière.

En 1922, y por iniciativa de la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos de Francia, se celebró en París un gran homenaje a Molière, con motivo del tricentenario de su nacimiento. Dentro del programa hubo una función de gala, donde se representó *El enfermo imaginario* y se hizo un minuto de silencio a las 10 P.M., hora en que falleció.

Molière y su obra

Molière ha sido considerado por la mayoría de los críticos como el más grande dramaturgo cómico de la historia, "el pintor de Francia" según Voltaire, y a la altura de personajes tan importantes como Sófocles y Shakespeare. Cambió definitivamente la comedia clásica francesa y universal y fue un profundo y atento observador de la sociedad en que vivió. Sus paseos infantiles por las ferias de París, su convivencia con la clase noble en el colegio de Clermont, sus andanzas por innumerables pueblos del interior y su posterior introducción en la Corte, lo pusieron en contacto con todas las capas sociales de Francia de la época, permitiéndole conocer sus costumbres, modismos y expresiones cortesanas y populares, lo que supo plasmar en sus obras, gracias a su genio literario.

Molière fue un hombre en cuya vida destacó una combinación de éxitos y fracasos, alegría y desgracias, ascensos y caídas, soportados por un ser humano con una gran capacidad de observación y un insuperable ingenio. Ambas condiciones le permitieron concretar, a través de sus escritos, agudas y acertadas consideraciones sobre la condición humana.

Ha sido calificado como un maestro de la caricatura hablada. Sus obras representaban en forma precisa los caracteres humanos dotados de un realismo bien manifiesto que el público reconocía y celebraba.

Dejó como legado un trabajo que cambió la comedia clásica de la época, si no también de dramaturgos posteriores a él. Es autor de por lo menos 33 obras, sin contar ensayos, narrativas y poemas. Compuso 12 de las comedias satíricas más durables de

todos los tiempos y entre sus más grandes obras de teatro, se incluyen: Las preciosas ridículas (1659), La escuela para los maridos (1661), La escuela de las mujeres (1662), El misántropo (1666), El médico a palos (1666), La Tartufa (1664, 1667, 1669), El avaro (1668), El burgués gentilhomme (1670), El enfermo imaginario (1673), Las señoras sabias. Dentro de estas, La Tartufa ha sido considerada como su obra más destacada y representativa.

Molière y su sátira

Molière logra en su producción teatral, al igual que Shakespeare, caracterizar de forma magistral ciertas particularidades de la conducta humana. En sus obras se burló de demagogos, avaros, amantes, hipócritas, cornudos, escaladores sociales, médicos y personajes del clero, por lo que tuvo múltiples enemigos y detractores, quienes lo acusaron de impío y vulgar. Las sátiras de Molière, dirigidas contra las convenciones sociales y las debilidades de la naturaleza humana, son sin duda un fiel retrato de la sociedad francesa de la época. Es posible que las agudas críticas utilizadas por Molière representaran una especie de catarsis por las amarguras de su vida. Sin embargo, sus obras son consideradas algo más que una descarga de resentimientos.

En el siglo XVII, distintos grupos criticaron permanentemente sus obras, por mezquinos intereses personales y, en especial, por sentirse aludidos en sus obras y afectados por sus sátiras. Así se puede entender cómo La Tartufa no fue autorizada para la presentación pública hasta más de tres años después de su primera representación ante Luis XIV. En las obras de Molière se encuentran alusiones directas a todos los estamentos sociales, contra cuyos defectos arremetió. Su pluma enfrentó el complejo de inferioridad en La escuela de las mujeres (1662), la nobleza insolente y libertina en Don Juan (1665), la pedantería y vanagloria en Los inoportunos (1661) y La escuela de los maridos (1661), las marquesas frívolas y adornadas en Las preciosas ridículas (1659), los celos exagerados en Don García de Navarra (1661) y El cornudo imaginario (1660), los matrimonios de conveniencia en El Casamiento a la fuerza (1664) y Jorge Dandin (1666), la devoción farisaica en El Tartufo (1667), las ridiculeces de la burguesía encumbrada en El burgués gentilhomme (1670), los rentistas usureros en El Avaro (1668), el espíritu provinciano en El señor de Pourceaugnac (1669), la seudociencia astrológica en Los amantes magníficos (1670), el ingenio pícaro y ventajista en Las trapacerías de Scapin (1671), la pompa y placeres mundanos de la Corte en La condesa de Escarbañas (1671), el falso saber en Las sabihondas (1672) y los médicos soberbios y petulantes en El médico a palos (1666), El Amor médico (1665), El enfermo imaginario (1673) y Don Juan (1665).

Al mismo tiempo que criticó esos defectos, Molière supo ensalzar la razón, la moderación, el buen sentido, el amor a la familia, el respeto a la verdad y el buen gusto, con un claro intento moralizador capaz de poner en evidencia actitudes reprochables de la sociedad de su época. Sus personajes no eran creaciones imaginarias sino expresiones de una realidad.

Para entender el porqué de su sátira a los médicos, es necesario conocer cómo era la medicina de la época, cómo eran los médicos, el contexto histórico y por último la situación personal que le tocó vivir, como consecuencia de la enfermedad que lo llevó a la muerte.

Los médicos y la medicina en Francia del siglo XVII

La medicina de la época en Francia estaba marcada por las ideas posthipocráticas: empirismo y dogmatismo. Era una medicina llena de necedad e ignorancia, lo que se disfrazaba con el uso de graves sentencias, aforismos y grandes discursos. Los tratamientos indicados consistían en prescripciones farmacéuticas de efectos dudosos y algunas veces perjudiciales. Para conseguir la adecuada "armonía" del individuo era necesario eliminar las materias nocivas, "los humores", mediante sangrías, lavativas o administración de eméticos junto con jarabes, pócimas, ungüentos, pomadas y otras formas farmacéuticas, asociadas a algunas indicaciones o prohibiciones dietéticas. El examen físico consistía en exploración de la piel y de las cavidades accesibles, el control del pulso, temperatura, el estado de conciencia y examen de la orina y de las características de las deposiciones. Lo común era una visita en que el médico escuchaba las quejas del enfermo, sentía su pulso, examinaba su orina y, a continuación, se enfrascaba en una compleja disertación, esencialmente teórica, que al final terminaba con variantes de las mismas tres indicaciones terapéuticas, heredadas de los tiempos de Hipócrates: dieta, sangrías y purgantes. Los diagnósticos se basaban en la percepción sensorial de las alteraciones, atribuidas a cambios anómalos de los "humores", cuyo contexto servía para explicar los éxitos y justificar los fracasos. Las enfermedades mejor conocidas eran gota, sífilis, paludismo, tifoidea, raquitismo, difteria, peste común y algunas afecciones quirúrgicas (hernia, litiasis vesical, abscesos, traumatismos y heridas de guerra). Puede afirmarse que el ejercicio de la medicina del siglo XVII permitía que muchas afecciones, salvo aquellas de evolución espontánea favorable, y algunas de tipo quirúrgico, culminaran con la muerte del enfermo, a veces precipitada por el tratamiento.

La sociedad despreciaba a los médicos de aquel entonces. En particular, eran maltratados por los grandes señores, por los nobles y los miembros de la realeza, que los veían casi como sirvientes.

El título de médico era otorgado en una impresionante ceremonia pública, sin la cual no era posible ejercer. Los médicos se consideraban parte de la elite intelectual y provenían de la clase media o de la pequeña nobleza. Usaban togas y bonetes negros y acudían a sus consultas montados en mulas negras. Eran arrogantes, se creían dueños y señores de la naturaleza humana y artífices de la curación del enfermo y debían conocer el latín. Las ocasionales consultas con otros médicos se hacían guardando un gran respeto jerárquico por las dignidades académicas. En las discusiones profesionales se utilizaban, con mucha frecuencia, expresiones latinas y términos técnicos cuya incomprensión por parte del paciente formaba parte del quehacer médico. Existía rivalidad entre los médicos formados en la Facultad de Medicina de París y de Montpellier.

Todo esto favoreció la aparición de charlatanes y falsos medicamentos. De esta manera, y en forma paralela a los médicos, existía un grupo de barberos cirujanos y de prácticos sin preparación universitaria, que se revestían con togas cortas y tenían "especialidades" como: sacamuelas, tonsuradores, barberos, extractores de piedras, talladores, curadores de hernias, sangradores, extirpadores de cataratas, inmovilizadores, enderezadores de huesos, muchas veces en forma itinerante, para así poder escapar de los reclamos de sus clientes.

El médico graduado necesitaba una buena cantidad de dinero para poder iniciar su práctica. Por lo tanto, necesitaba ser rico de familia, trabajar como médico militar, emplearse al servicio de algún noble u obispo, conseguir posición casándose con una mujer de la nobleza o, en su defecto, ejercer en hospitales con sueldo de hambre. En esa época, la aspiración máxima de algunos

médicos era conseguir el nombramiento de médico de cámara real. Cuando uno de ellos moría, se desataban luchas e intrigas para ocupar su puesto. El cuerpo médico real se componía de un médico jefe o Arquiatra y muchos otros galenos, incluyendo médicos generales de turno. Enrique IV poseía 38 profesionales de la salud a su servicio, incluyendo médicos, cirujanos, boticarios, dentistas, etc. Luis XIV, por su parte, llegó a tener a su servicio privado un total de 78 médicos de todas las especialidades. Cuando el médico caía en desgracia por algún tratamiento desafortunado, podía ser condenado a muerte por el Rey y, en el mejor de los casos, arrojado de la Corte, soportando las injurias de sus antiguos pacientes. Varios de ellos encontraron la muerte al acompañar a sus soberanos en campañas militares.

Molière. Contexto histórico

Es importante recordar la época que le tocó vivir a Molière, en especial lo que se relaciona con la realeza.

Dentro de los Reyes de Francia, Enrique IV, asesinado en 1610, fue sucedido por su hijo Luis XIII (1601-1643), que a su vez falleció a los 42 años. Esto motivó el nombramiento de su hijo Luis XIV y por ser este menor de edad, asumió su madre Ana de Austria (1602-1666), hija a su vez de Felipe III de España, como Regente durante su minoría de edad. Luis XIV (1638-1715) era 16 años menor que Molière y ejercería una importante influencia en su vida artística. Gobernó desde los 17 años y fue llamado el Rey Sol, por todos los logros y éxitos que consiguió en su reinado. Era adorado por las mujeres y admirado por los cortesanos. Supo resistir al Parlamento y a los 23 años (1662), después de la muerte del Cardenal Mazarino, decidió gobernar solo, sin sus ministros, y estableció la monarquía absoluta, después de lo cual se trasladó a Versalles. Consiguió grandes triunfos en las guerras de Europa y se casó con María Teresa de Austria, hija de Felipe IV de España. Su reinado se caracterizó por una era de progreso y a pesar de las guerras externas y por efecto de una eficiente administración, Francia gozó de una estabilidad interior y un importante desarrollo industrial y económico que facilitaron, con el mecenazgo, el florecimiento de importantes expresiones en todos los campos de la cultura. Falleció a los 77 años. El exceso de consumo de carne fue sin duda el desencadenante de la gota que padecía. Sufrió además de paludismo, gonorrea, tifus, reumatismo, fístula rectal, arenillas en la orina y sobrevivió a una viruela. El Rey estaba dominado por el temor de morir envenenado. Falleció en 1715, se cree de gusanos intestinales, al igual que su padre.

Molière. Su enfermedad y los médicos

Su enfermedad pulmonar crónica comenzó alrededor de 1655, y fue la causa de su muerte. Se dice que durante su juventud padeció accesos violentos de tos, que se acompañaba de expectoración sanguinolenta, provocándole serias molestias hasta el punto de tener que abandonar durante semanas las actuaciones. A estos síntomas se añadían episodios de malestar general, con sensación febril y pérdida de peso. Todos estos datos clínicos permiten plantear, con un alto grado de certeza, que padecía de una tuberculosis pulmonar.

Padeció, como tantos otros, la medicina de su tiempo, plena de ignorancia. Fue tratado por múltiples médicos y con muchos medicamentos, sin éxito. Terminó siendo un enfermo rebelde, que se automedicaba. Pudo apreciar la conducta profesional de los galenos y sentir en carne

propia la naturaleza y efectos de los tratamientos que utilizaban y que en su caso, como era previsible, fueron inútiles. Los médicos que lo atendieron aplicaron diversos tratamientos, entre ellos una dieta exclusiva en base a leche y los populares enemas, sangrías y purgantes, medidas terapéuticas que no hicieron más que debilitar su ya mermada salud. Esto no hizo más que confirmar la mala impresión que tenía Molière de los médicos de la época. Dentro de algunos dichos de Molière, destaca su definición de un médico: "Aquel hombre a quien se le paga para que cuente tonterías en el cuarto de un enfermo hasta que la naturaleza cure a este o los remedios lo maten".

Molière y su sátira a los médicos

Molière criticaba la aparente infalibilidad del saber de los médicos, su ignorancia y soberbia extrema, la falta de precisión en los diagnósticos, las complejas formalidades de las prácticas médicas, el uso de un lenguaje que el paciente no comprendía, el uso de técnicas terapéuticas de dudosa utilidad, el uso de preparados farmacéuticos de dudoso efecto e inconsistente composición, la sumisión que se exigía al paciente. Además, impugnó el secreto excluyente del saber profesional, destacó su actitud displicente, sobre un paciente indefenso y desprovisto de alternativas que solo tenía obligaciones y ningún derecho. Exigía que el paciente fuera escuchado y comprendido y enfatizó el papel humanitario que debe desarrollar el médico al servicio del paciente.

Se burló de la medicina y de los médicos en algunas de sus obras, incluyendo *El amor médico*, *El médico a palos*, *El médico fingido*, *El señor de Pourceaugnac*, *El enfermo imaginario* y *Don Juan o el Convidado de piedra*. En estas obras se ridiculizaba francamente a los médicos a través de sus personajes.

De estas, probablemente una de las obras más populares ha sido *Médico a la fuerza*, *Médico a palos* o *Doctor in spite of himself* (1666). Esta obra comprende tres actos, más de 12 actores y trata de un leñador borracho que golpea a su mujer, se gasta todo el dinero de la casa y vive en la pobreza con su esposa y cuatro hijos. Su esposa planea una venganza, cuando es visitada por dos emisarios de un señor muy rico, quienes buscan a alguien que pueda curar a la hija de su amo, quien ha perdido el habla. Ella les ofrece los servicios de su marido, supuestamente un genio con maravillosos talentos en el arte de la Medicina, pero que los oculta y la única manera de obtener su ayuda es golpeándole. Al encontrar a su marido, este niega ser médico y comienza a ser golpeado con palos, ante lo cual y para detener la golpiza, decide reconocer que es médico. De esta manera, es llevado a la comarca de donde provenían los emisarios. Rápidamente, se da cuenta que la joven supuestamente enferma no hablaba para evitar ser obligada a casarse con un caballero a quien no quería. Interviene para evitar el matrimonio y al recuperar la joven el habla, aparece como un médico y sanador milagroso. Comienza a disfrutar su papel de médico y empieza a recibir consultas de pacientes, a los cuales les indica variados tratamientos, todos ellos inútiles y cobra por sus servicios. Finalmente, dice el leñador: "Qué fácil es ser médico y qué rentable es" ... y decide que seguirá siendo médico.

En *El enfermo imaginario* (1673) muestra las críticas más mordaces contra los médicos. Su personaje principal es un típico hipocondríaco, necesitado de permanente asistencia médica que, luego de reiteradas quejas y disquisiciones, acepta convertirse en médico para poder tratar mejor

sus propios padecimientos. Algunos extractos del texto de la obra incluyen: "Qué impertinencia la de aquellos que pretenden que vosotros los médicos, los curéis. No es tal vuestra misión, sino recibir pensiones y recetar remedios y luego, que ellos se curen si pueden", "Una de las mejores pruebas de que estáis bien es el hecho de que todas las medicinas que os han dado no han conseguido acabar con vos". "La medicina es una de las mayores locuras que prevalecen entre los hombres. No hay farsa más jocosa ni nada más ridículo, que un hombre se jacte de curar a otro. Casi todos los hombres mueren por las medicinas recibidas y no por las enfermedades. Cuando uno está enfermo, no hay que hacer nada, la naturaleza se encarga de curarnos o no. Casi todos los hombres mueren víctimas de los medicamentos y no de las enfermedades".

En el texto de Don Juan o el convidado de piedra (1665) destaca: "Todo el arte de la medicina es pura mentira. Los médicos se limitan a recibir la gloria de un azar favorable. Se benefician de la buena estrella de un enfermo, atribuyendo a sus remedios lo que resulta del favor de la suerte y de las fuerzas de la naturaleza".

Molière. La vigencia actual de su mensaje

Al analizar los dichos de Molière, es fácil percibir cómo muchas de sus obras eran francas críticas a los médicos y a la medicina de la época. Es de los primeros autores que destaca la relación médico-paciente. Resalta así la necesidad que tiene el paciente de ser escuchado y comprendido, enfatizando el rol humanitario que debe desarrollar el médico al servicio de su paciente.

Como han planteado algunos investigadores ¿son estos los principios que sustenta la Bioética actual? Si es así, ¿puede considerarse a Molière como un precursor de la ética médica? ¿Puede afirmarse que muchos de los defectos mencionados por Molière, hace más de trescientos años, se siguen observando en la práctica médica de hoy?

Las palabras de Molière, luego de más de trescientos años de haber sido escritas, constituyen una verdadera lección práctica de conducta médica y su vigencia cobra cada día más actualidad y sus contenidos, por su profunda naturaleza, siguen teniendo validez y presencia en el mundo de hoy. Pese a los evidentes avances del saber y del hacer médicos, la esencia de la medicina no ha cambiado y su fundamento descansa en la prestación del mejor servicio que un hombre debe brindar a otro hombre enfermo. La excelencia de esta prestación no depende exclusivamente del conocimiento científico utilizado o de la precisión de la tecnología aplicada, sino de la forma humanitaria con que puede satisfacer las angustias y expectativas de otros seres que necesitan de cuidados. El olvido de este principio fundamental es el factor que puede llevar a una medicina deshumanizada, a pesar de sus innegables logros científicos y tecnológicos.